

CAPITULO VIII.

Gobierno del conde de Monterey.

Uno de los primeros cuidados del conde de Monterey, fué segun las instrucciones que tenia de Felipe II mandar la expedicion á la conquista del Nuevo México, que ya casi dejaba arreglada su antecesor D. Luis Velasco.

El territorio que se trataba de conquistar, era el encantado y fabuloso reino de Quivira, de cuyas noticias recibidas en México, ya antes hemos dado alguna idea; y por las grandes riquezas que se le suponian, se le dió á esta tierra el nombre de Nuevo México, porque en ella creyeron encontrar otro país como la gran Tenochtitlan de los aztecas, donde á los grandes tesoros, se uniera la belleza y amenidad del sitio; con todas las demas ventajas que para su comodidad deseaban los castellanos en este nuevo Eden descubierto por el génio de Colon y puestó á sus pies por la pérdida política de Cortes. El territorio del Nuevo México empieza desde el grado 23 de latitud boreal hasta el 45, teniendo al Oriente, las provincias de la Luisiana y Texas, al Médiodia la de Chihuahua, al Occidente Sonora y la California y al Norte las naciones bárbaras, cuyos habitantes como tribus nómades vagan por los desiertos y hostilizan á los pueblos vecinos. [1] Este país participa de una parte de la Sierra Madre, que desde entonces se le ha tenido como un inagotable manantial de oro y plata; y fuera de esta riqueza mineral, tiene la de los otros reinos de la naturaleza. Sus bosques seculares estaban llenos de abundantes y esquisitas maderas: en los encumbrados pinos se cosechaban los piñones tan afamados hasta hoy: en las quebradas de la montaña se daban en abundancia la uva, las rosas y el lino:

[1] *El R. P. Frejes. Conquista de N. México pag. 200.*

entre aquellos breñales se criaban grandes venados, liebres, conejos, cabras monteses y las vacas de Cibola: en los esteros de los rios, abundaban las anguilas, truchas y otras varias clases de pescados: tambien se veian las fieras, como los leones, osos, lobos y coyotes, las zorras y raposas: en las mas altas cimas, anidaban las grandes águilas y los vistososalcones; y entre los balsámicos montecillos de los valles, se escuchaban los variados trinos del *cenxontli* y los melodiosos cantos del ruiseñor. (2)

Este país rico y risueño, estaba habitado por un pueblo de una gallarda estatura, de inteligencia despejada, de un trato alegre y sencillo, amigables entre sí pero que mantenian una continua guerra con la nacion de los belicosos apaches, que se creian con derecho superior á la posesion de la tierra. Utilizando todos los productos de la naturaleza, aquellos naturales solo aumentaban con su industria los frutos con que subsistian, en sus sementeras de maiz, frijol, chile y calabazas, que condimentaban y comian como los naturales de los demas pueblos, haciendo con el maiz la bebida acostumbrada del *atoli* y con su masa, las tortillas y *tamalis* que era el pan comun. Tambien cosechaban el algodon, con el cual hilaban y tegian las mantas, que eran sus vestidos con algunas pieles de los animales de caza.

El pueblo era en lo general dedicado al trabajo y para adquirir robustez y fuerza, cuando los niños estaban en la lactancia, los frotaban frecuentemente con nieve ó los bañaban con agua fria: durante la infancia les negaban el abrigo de las chozas y el calor de las estufas que en ellas preparaban, haciéndolos buscar su diversion en el ejercicio de correr, para desarrollar sus fuerzas y agilitarlos, para sus principales oficios que eran la caza y la guerra. Para salir á cazar, el segundo gefe del pueblo, publicaba un bando; y todos los varones á escepcion

[2] *Torquemada libro 5.º cap. 4.º*
ESTUD.—T. 3.º P. 21.

de los enfermos y ancianos, estaban obligados á concurrir, bajo la pena de hacerlos llevar en su desnudo cuerpo un acecillo de pajas ardiendo, ó de cortarles un cadejo de su trenzada cabellera, lo cual era visto como una gran afrenta. Esta expedicion les proporcionaba abundante carne para su alimento, pieles para sus vestidos y algunos otros usos domésticos, y plumas para sus adornos y tambien para tejer algunas telas. Estos indígenas, eran sobrios en la comida: no usaban de otra bebida que del agua: por una virtud moral ó por cierto comunismo que el uso habia introducido entre ellos, les era desconocido el robo; y como idólatras adoraban tres dioses, llamados *Cocapo, Cacina y Homace*, cuyos templos guardaba una sacerdotiza que era un india anciana. No he hallado en ningun autor antiguo, descritas las particularidades de su culto; pero es de creerse consistiria en ridículas ceremonias, nacidas de un espíritu inculto y supersticioso; aunque no sacrificaban víctimas humanas. Antes y despues de las guerras, que como hemos dicho, sostenian con los *apaches, xicarillas, navajoes, xileños, lipanes, kucarás pananas* y otros pueblos del norte, celebraban los bailes llamados de la cabellera, (3) casi semejante al acostumbrado por los sinaloas, que por dejar este ya descrito, omitimos aquí una relacion casi igual. Y cuando eran atacados en sus mismos pueblos, los guerreros comian con los enemigos y las mugeres hacian lumbre en lo alto de sus edificios que eran de varios pisos, para que el humo indicara á los pueblos inmediatos, el peligro en que estaban y les dieran socorro.

Tal es el país que como un reino fabuloso, habian descrito los dispersos de la Florida, que encontró Chirinos en su primera expedicion á la Sonora; y este mismo señalaron el Padre Fr. Agustin Ruiz, misionero franciscano, unos indígenas del

[3] *Torquemada lug. cit. Primer suplemento á la historia del P. Alegre pag. 332.*

rio Conchos, con cuyo informe penetró él hasta estas dilatadas regiones, para sembrar en ellos la fecunda semilla del evangelio, volviéndose luego á su mision en el territorio de Chihuahua, de donde informó lo que habia visto, y tal vez, esto determinó la expedicion preparada por el Virey Velazco y mandada por el Conde de Monterey. Primero se habia encargado á los padres de la compañía de Jesus, la conversion de aquella gentilidad; pero como Felipe II mandó espresamente que este cuidado se dejara á los franciscanos, algunos varones de la religion seráfica fueron designados para acompañar la expedicion mandada por D. Juan de Oñate.

Este gefe marchó con su gente hasta el real de Caxco, donde los soldados se resistieron á pasar adelante, así por no creerse en el número bastante para concluir la conquista con esperanza de buen éxito, como porque se les faltaba á ciertas proposiciones que se les habian hecho: suspenso así el curso de la jornada, el general dió aviso á México; y el virey nombró á D. Lope de Ulloa, para que caminando á marchas dobles, llegara á Caxco á formar averiguacion sobre aquel hecho disponiendo el castigo de los amotinados y la marcha del ejército á su destino.

Cuando Oñate entró al territorio del Nuevo México, los naturales del país lo recibieron pacíficamente: sentando sus reales en un lugar que llamó San Gabriel: y á la vez que los religiosos se iban estendiendo por los pueblos, doctrinando á los dóciles habitantes, los españoles se posesionaban de sus intereses haciéndolos servir en la acostumbrada esclavitud á sus miras de una absoluta dominacion. Ayudada la fertilidad de la tierra con la industria de los habitantes, habian logrado reunir las cosechas hasta de seis años; pero aquella abundancia de semillas y los demas frutos de la tierra, fueron insignificantes para la rapacidad de los conquistadores, que dejaron

á toda la nacion "constrñida de la grande necesidad de hambre y desnudez, á causa de haber apurado tanto á los indios, "que de hambre se mueren, por haberles el gobernador y sus "capitanes saqueado sus pueblos y quitádoles todo su maiz que "tenian de seis años rezagado, hasta dejarlos tan sin grano y "en tanta necesidad, que de pura hambre, revuelven con car- "bon algunas semillejas del campo y esto comen." (4)

El gobernador quiso avanzar sus conquistas al interior de aquel territorio; pero creyendo que para eso no bastaba la gente que llevó á sus órdenes, mandó á pedir nuevos refuerzos á México, de donde le mandaron mas soldados y algunos religiosos para que atendieran á la conversion de los indígenas. Luego que llegó este auxilio, Oñate puso en ejecucion su proyecto de avanzar su conquista dejando en los pueblos subyugados parte de su gente; pero la miseria en que habian quedado estos lugares obligó á los pobladores á abandonarlos, y cuando Oñate volvió de su expedicion, encontró solo lo que habia dejado poblado. Estos desertores, no habian hallado los grandes tesoros con que á su sola llegada pensaban hacerse poderosos, ni tenian siquiera lo necesario para vivir, por que despues del saqueo en los pueblos de los indios, que consumió la existencia de semillas que tenian, el año siguiente negó el socorro de las lluvias y la esterilidad del año causó la miseria general, obligando á los colonizadores, á buscar otra tierra, que menos ingrata, les concediera los bienes que buscaban. El gobernador á su vuelta del interior de la tierra, acusó á los separados, de haber abandonado el estandarte real, y los trataba como traidores; pero la carta del Padre Escalona á que nos hemos referido y el informe de otros hombres que se tuvo como imparcial dieron á conocer la verdadera causa de que los compañeros de Oñate hubieran abandonado

(4) Carta de 1.º de Octubre de 1601 del P. Escalona, comisario de los misioneros del N. México.

la empresa, por lo cual no se les dió el castigo que el gobernador pretendia.

Esta ocurrencia fué la causa de que las poblaciones de españoles en el Nuevo México, fueran tan en corto número, porque desgraciada así la primera tentativa de colonización y estando á tan remota distancia de la capital, no se aumentó el vecindario en proporcion de la extension y recursos del pais; y aunque los religiosos trabajaron siempre con su acostumbrado celo, en civilizar las muchas naciones indígenas que poblaban aquel suelo; por las causas que se dirá despues, no pudieron recoger el fruto que era necesario y los pueblos pudieron retroceder al estado de barbarie, formando una almáciga de tribus hostiles para los demas lugares civilizados, hasta que la *filantrópica política* de nuestros ilustrados vecinos, ha descargado á los infelices indígenas de su miserable condicion, cazándolos como á bestias selváticas.

Cuando así pasaban los acontecimientos, en el N. México, el virey se agitaba por reducir á pueblos, á los muchos indígenas que en el centro del vireinato, se hallaban esparcidos entre los montes, con el fin de que los ministros encargados de su instruccion religiosa, pudieran doctrinarlos con mayor fruto y de que los recaudadores de tributos, tuvieran un medio mas expedito para ello, en las congregaciones que se trataba de formar. Tales razones de conveniencia así en el orden religioso como político, eran demasiado poderosas para que no fueran atendidas por el rey y decretara la pretendida reunion; pero por lo que se va á decir, se verá cuan distante estaba el verdadero fin, de corresponder á estos bellos sentimientos en beneficio de la humanidad.

Este negocio fué tratado en tiempo que gobernaba el Sr. Arzobispo Moya y Contreras, quien despues de oir á todas las personas que con justicia podian ilustrar aquel punto, representó á la corte de España, la inconveniencia de tal medida

y se dejó por entonces. (5) Despues volvió á tratarse el mismo asunto durante el gobierno de D. Luis de Velasco: este Sr. determinó la formacion de los pueblos en la provincia de Guayacocotla, que es lo mas escabroso que ocupaban los otomites; pero con el primer indio que se presentaron para cumplir las órdenes reales, sucedió un caso, que demostró prácticamente al virey la inconveniencia de cumplirlas y tambien desistió. Fué el caso: que obligando á un indio serrano, para bajar al pueblo designado, abandonando su antiguo sitio, donde con su pobre choza, sus magueyes y otras plantas que por muchos años habia cultivado, estaban las afecciones de su corazon, suplicó para que no se le obligara á una medida que él creia tan cruel; pero no accediéndose á sus peticiones, se arrojó sobre su muger y sus hijos á quienes dió muerte, dándosela él en seguida, para no verse estrechado á una medida tan dura, como él estimaba la de abandonar el sitio donde habia visto la luz primera y estaban los recuerdos de toda su vida. En vista de este acontecimiento, que demostró al virey, la sensibilidad de los indígenas, y la consideracion de que eran dignos los que tales sentimientos abrigaban en sus sencillos corazones, encargó á los padres de la compañía de Jesus, la consumacion de aquella obra, por medio de la persuacion en una dilatada predicacion; y estos padres despues de un perseverante esfuerzo, consiguieron formar cuatro pueblos á donde se redujo la mayor parte de la poblacion de aquella serranía. (6)

Sin embargo de estas dos tentativas, en las que se probó la inconveniencia de formar las congregaciones, por medios violentos, los interesados en llevarlas á cabo, insistieron en el gobierno del Conde de Monterey, y con la orden de Felipe II se procedió á ejecutarlas, nombrándose comisarios, que con autorizacion de escribano real, determinasen los sitios en que

(5) *P. Cabo lib. núm. 15 Torquemada part. 1.ª lib. 5.º cap. 43.*

(6) *Alegre hist. de la prov. de México tom. 1.º lib. 3.º*

se debian formar estos pueblos. Como de este procedimiento resultaron injusticias tan graves y consecuencias tan funestas, no quiero llevar sobre mí la responsabilidad de un solo punto de la narracion y la pongo literalmente, como se halla en Torquemada, que al mérito de su respetabilidad, une el de haber vivido en el tiempo que tuvieron lugar tales acontecimientos.

“La instruccion de la comision, era, que junto el comisario con el ministro de doctrina, cada cual en su jurisdiccion, ambos diesen su parecer de lo que mas convenia congregarse, y en qué partes y puestos; pero como habia muchos interesados en razon de tierras y sitios, de instancias de nuestros españoles (que siempre han sido polilla de estos indios) sucedia, que el lugar que pudiera ser mejor para hacer la congregacion, se desechaba por peor; *no porque lo era, sino porque lo hallaban bueno para una estaneaia de ganado ó para una labor de pan. Y como andaban de por medio dádivas, perecia el indio y prevalecia el español;* y esto no es hablar al aire, sino referir verdades conocidas. Tampoco quiero decir, que al Príncipe alcanzaban estas maldades, ni que eran todos los jueces los que las cometian; pero al fin pasaban y eran, *y han sido tantas, que era menester mucho tiempo para decirlas todas.*

“Hecha la demarcacion y señalados los sitios, salieron otros jueces, á cabo de tiempo, y comenzaron á hacer la congregacion de esta pobre gente, agarrocheada, y algunas aun no en los pueblos determinados; porque como ya eran otros estos jueces que las hacian, y no habian sido participantes en las dádivas pasadas, ofrecíanselas de nuevo, algunos que en la demarcacion no pudieron salir con sus pretensiones ó habian determinado otra cosa, en aquel medio tiempo, que habia pasado desde la demarcacion hasta la junta, ó porque alguna de la gente se quedase en sus puestos, por el interes de algunas estancias, ó porque se alterase la congregacion, y no fuese en e puesto señalado, sino en otro que hacia más al propósito a

que lo pedia. Fué cosa de lástima, ver en algunas partes arrancar de cuajo á los indios y llevarlos á otras donde apenas tenían una ramada, donde meterse, y ser el tiempo de aguas, y bañarlos por todas partes y no haberlos bien sacado de sus primeros puestos, cuando les tenían quemadas sus casas, y los llevaban como perros por delante, llorando y por fuerza, y los ponían en los lugares dichos, sin mas casa, que una ramada, y algunas descubiertas por los lados. Si reclamaban sobre algun inconveniente, no eran oídos, y si callaban, tratábanlos como á bestiales: y viéndose destituidos de favor humano, volvian los ojos al cielo y dejaban á Dios sus causas, que era con lo que se consolaban.”

“Uno de los favores que concedía el rey á los indios que se congregasen, era, que aunque se pasasen de una parte á otra, no se hiciese merced á español alguno en sus tierras y así salió el mandamiento; y aunque se guardó por algun tiempo, ha sido despues, de manera el darlas, que casi no hay ya palmo de tierra que no lo tengan los españoles [al menos de todo aquello que han podido, y ha sido acomodado para sus intereses.]” [7]

Tal fué el modo con que se trató de congregar á los indigenas que aun no formaban pueblos; y aun que las razones que para esto pesaban en el ánimo del rey, eran como ya se ha dicho, procurar un modo mas fácil de doctrinarlos en la religion cristiana, hacerlos adelantar en las artes y en la civilizacion, y fácil á los recaudadores el cobro de los tributos; pero el resultado fué, despojar á los indios de sus terrenos con la mayor iniquidad: que estos así por el mal trato que para esto recibían, como por el cambio de lugar, regularmente desventajoso y á las demas penalidades que con él les venian, murieran tantos que como dice el mismo Torquemada “ha sido esta jun-

(7) Torquemada lug. cit.

ta, una tácita pestilencia para la tierra, que la ha arruinado como suele hacer la muerte, cuando se arma contra los indios, que á breves dias hace en ellos grandes matanzas; y para escapar de estos males, huian, pero no á sus antiguos hogares que habian sido destruidos, sino á remotas tierras, donde se entregaban á una vida salvaje, bárbara y hostil: de esta manera escapaban de la esclavitud personal, pero perdian sus intereses, la esperanza de vivir pacíficos en los hogares donde vieron la luz, y endurecidos en una vida errante, donde los animaba el odio contra los que tan injustamente los oprimian y se enriquecian con sus bienes se fueron convirtiendo en enemigos encarnizados de la humanidad y la civilizacion.

Cuando así se entendía en la formacion de pueblos, de donde resultaron los lugares de Irapuato, Silao, Aguascalientes y otros varios entre los serranos otomites, y se convertian en implacables enemigos, á los indigenas que ya vivian pacíficos, por la inaudita injusticia de despojarlos de sus propiedades: otra injusticia no menos grave, causaba un alzamiento entre los naturales de la sierra de Topia, que puso en conflicto á los habitantes del estenso territorio de Sinaloa y á los de la Nueva Vizcaya. Como hay prurito de llamar bárbaros á los naturales, para canonizar, (aun por autores respetables) las violentas opresiones de que fueron víctimas; y se tienen como hijas del odio y la parcialidad, las narraciones, de las atrocidades que los españoles cometieron con los indigenas, al señalar aquí las causas que determinaron esta conjuracion, copiaré las palabras de un autor, cuyo testimonio es irrecusable, así por ser español, como por su carácter sagrado y haber sido el que mas influencia tuvo en apagar el fuego de esta rebelion.

“Estando pacificados los indios de la serranía de Topia, que en su nacion se llaman acaxeos, se rebelaron por el año pasado de mil seiscientos y uno, y hicieron motin contra la justicia y españoles; *necesitados y compelidos por los malos tra-*